

¿Adónde va la educación?

Una propuesta de Piaget*

María Saleme de Burnichon

María Saleme de Burnichon es Directora del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba

*Discurso pronunciado en el acto inaugural de la Fundación J. Piaget, en homenaje a los 100 años de su natalicio.

No podemos recordar a Piaget, ese gran interrogador, como no sea en un acto como estimo puede ser éste, de reflexión sobre la génesis de procesos que mueven al hombre, abandonando la debilidad por la academia y compartiendo el no saber, el saber incierto y también las dudas, que con seguridad las tenemos.

Creo por lo tanto que una reunión con este motivo sólo puede llevarse a cabo en base a una modalidad que casi todos hemos olvidado, como es la de comunicarnos de la manera más clara y directa posible.

Pensando en esto de *¿Adónde va la educación?* vuelvo sobre la relación presente-futuro cuyos resortes de implicancias llevan abriendo surcos en la filosofía desde hace más de veinte siglos y no puedo menos que decir (con todo el riesgo que implica), que va hacia donde la empujemos desde nuestra miopía.

Por eso, cuando un día comenté que tendríamos que decir también *¿De dónde viene la educación?* lo hice con el objeto de pensarnos en cierta manera como coautores de ese futuro.

Ambas, la educación que sobrellevamos y la educación que suponemos y deseamos, en la medida en que ambas están cruzadas por las coordenadas Espacio y Tiempo, son situadas necesariamente, tienen un aquí, un ahora y un después que. Sometidas a la más universal de las leyes, la del envejecimiento y reconstrucción o reformulación.

Entiendo que, cuando hablamos de educación, nos referimos a ese proceso que inicia, crea y recrea el hombre cada día, que lo provoca y sufre, que lo cumple al interior de sí mismo, pero también con el otro en un acto de ininterrumpido descubrimiento. De descubrimiento de la realidad que le impele a desarrollar una capacidad: la de pensar esa realidad en la medida en que la va conociendo, avanzando sobre ella, sin inventarla ni mucho menos deformarla.

No es sencillo el pasaje del desconocimiento al conocimiento pues se entremezclan el gozo por lo que se encuentra y un cierto temor animal justamente por lo que encuentra. Tampoco es fácil la transformación de ese conocimiento en un saber (saber

sabio, diría Chevallard) que tiene la especial factura de quien lo elabora, lo recrea y lo vuelve de su pertenencia. En suma, no es fácil aprender, si el sujeto no se juega en el acto, sino está dispuesto a dejarse sorprender.

La pregunta de *¿Adónde va la educación?* nos obliga a abrir una pregunta más espinosa *¿Qué es la educación hoy?*

Un sujeto se educa en la medida que sabe (no que se informa) es decir que emparenta su pensamiento con la realidad que aborda; por lo tanto pierde la posibilidad de insistir en la irresponsabilidad, de convencerse de que no sabe lo que sabe.

Históricamente –más aún en estos últimos años– hemos sido educados para el no saber, para la memoria frágil como garantía de una inocencia prolongada. Lo digo generalizando un pensamiento de Piaget, quien al referirse a la psicología del niño dice que “por mucho tiempo pasó por ser una historia de bebés”.

Cuando la escuela asume la responsabilidad de organizar la conducción y selección de conocimientos; cuando respondiendo a presiones de orden político e ideológico o a sutiles mensajes de una sociedad que mal entiende lo tradicional, elige como objeto de conocimiento el perfil de una realidad virtual sobre la realidad a secas, ésa que muchas veces se nos resiste; cuando fabrica o acepta que le fabriquen una figura de institución que la empobrece, debilita considerablemente el encuentro del sujeto consigo mismo, con su cultura, porque mediatiza la relación y en consecuencia la palabra soporte, la palabra por la cual expresa sus hallazgos.

Todo se vuelve como *sí...*

No es cuestión de buscar culpables. Basta recordar el peso y la eficacia que tiene la ambigüedad como recurso comunicacional.

Pero, aunque nos hayan enseñado y hasta lo hayamos creído, que con sólo desearlo el mundo elude los conflictos, a la inteligencia, a nuestra inteligencia no se le oculta la trampa pero así y todo se trampea y elabora un discurso como “para ser creído”. Chomsky desarticuló este discurso disculpador, cuando preguntó por el papel de los intelectuales durante la guerra de Vietnam.

El ocultamiento es una destreza –recurso de la educación– muy desarrollada en este siglo xx que tal vez el siglo xxi no necesite, porque ha tensado de tal manera los hilos del desencuentro que no necesitará, supongo, ocultar nada.

Entre lo que sabemos mal, lo que no queremos saber o registrar y lo que deformamos para no alterar nuestras representaciones, corre desde este presente la educación, hacia su futuro, sobre el cual no podríamos aplicar el concepto de incierto, pues algo sabemos de lo que estamos provocando.

Lo que sí es cierto es que la incertidumbre, con la que cierta literatura nos inunda, no es ineludible, pues no es, ni mucho menos, un destino, es sí –y no digamos que no sabemos lo que sabemos– un propósito internacional que ha decidido fagocitar nuestra capacidad de pensar. Hay algo que se llama razón profunda, mezcla de intuición, imaginación e inteligencia que nos está obligando a dar una respuesta de vida, simplemente: a manejar o emplear el conocimiento que podamos alcanzar sobre esta realidad que se llama educación, realidad ocultada hasta desocultarla desde los caminos de la probabilidad y no desde la necesidad.■